

## ARTE

El Toreo entendido como compendio de valor y técnica, que efectuado con sentimiento desarrolla una composición estética, es sin duda arte.

Arte con las siguientes características:

- Es arte individual, porque cada toro es único, al igual que cada torero.
- Es efímero en el tiempo, porque esa composición plástica, que se desarrolla como un juego de vida y muerte, se produce en un determinado momento y no en otro.
- Ha evolucionado desde sus orígenes ancestrales hasta la actualidad. Por lo tanto, se han sometido a lo largo del tiempo —tanto la lidia, como el toro y el torero— a reglas e incluso a cánones de pureza y tipología.
- Es irrepetible, porque una faena podrá ser parecida a la anteriormente realizada a un toro de la misma camada, pero, la distancia de los terrenos, el temple, el comportamiento del toro y la aptitud del torero, no serán iguales al de la faena

efectuada poco antes. Pueden ser en cada lidia, toro, valor y temple semejantes; nunca iguales.

- ⊙ Este acto de creación se realiza ante un público en concreto, el asistente a la plaza; está, por lo tanto, exento de la soledad o intimidad que requieren la realización de otros actos de expresión artística.

Como resumen de lo anteriormente expuesto, podemos indicar que: si vamos al Prado admiraremos por su belleza, cuantas veces queramos, los cuadros expuestos, y lo mismo nos ocurrirá con las esculturas, porque son obras de arte con visualización repetible en el tiempo.

Con los toros no ocurre igual. La ejecución de la danza de vida y muerte que es el toreo se desarrollará solo en ese instante, en plaza concreta, por ese torero y para este toro.

## LIDIA

*N*os podríamos preguntar ¿qué debe ocurrir o cuáles son los hitos que se deben producir para que se lidie un toro?

La lidia de un toro se basa, en primer lugar, en el conocimiento de la res. Para ello el matador debe saber la ascendencia del toro y la ganadería de procedencia, así tendrá amplia información de la tipología del astado al que se va a enfrentar. Qué importante para este conocimiento es vivir el toro en el campo, estudiar en silencio experto sus comportamientos y querencias.

Posteriormente, en la plaza, se deberá estudiar al toro, ya desde el momento de su salida por los toriles (cómo ha salido de los chiqueros), si hace ademanos de manso, cómo ha derrotado en los bur-laderos, cómo mete la cara, cómo embiste y cuándo lo hace, cuál es su pitón mejor, etc.

Es obvio decir que para el buen cumplimiento de esta lidia, el toro debe estar correctamente picado y banderilleado y, por supuesto, los subalternos no deben dar capotazos innecesarios que lo único que consiguen —porque pocas veces ahorman la embestida— es cansar al toro y hacerle aprender en cada uno de ellos.

Desterremos también los topetazos de salida contra los burladeros, a todas luces innecesarios, que algunos malos subalternos provocan y que muchas veces tienen como consecuencia no solo que los pitones se astillen, con lo que se multiplican las complicaciones en caso de cornada porque cada astilla es un elemento punzante más, sino incluso que uno de ellos se quiebre, inutilizando al toro para la lidia.

Si se conoce la res a lidiar inmediatamente el matador conocerá en qué terrenos la puede torear; me refiero tanto a los terrenos de la plaza, como a los del toro. No todos los toros se pueden torear en el centro del albero; los hay que exigen pelea en tablas y otros terrenos de querencias. Conocer los terrenos del toro implica saber las distancias que debe mantener el diestro y, por ende, lo que puede o lo que quiere o no arriesgar.

Este saber cómo es el toro se deberá obtener cuanto antes; la lidia no debe estar sujeta a tanteos que demuestren impericia profesional, aparte de estar sujeta a compromisos temporales.

Por lo tanto, el dominio del toro y su muerte, fin último de la lidia, es producto del conocimiento de la res, y de los terrenos en los que se la puede torear, así como de la técnica que se aplica.

Difícil asunto hablar de técnica. Para mí la técnica es saber dar los lances necesarios al toro durante su lidia para conseguir dominarle, tratando de salir ileso de cada suerte.

En definitiva es el oficio. Oficio que se adquiere, como en todos los ámbitos de la vida, a través de la experiencia, en este caso taurina. Este aprendizaje, no solo de la técnica, sino también del general conocimiento de los toros, se debe iniciar a edad temprana; ahora, en las escuelas taurinas; antes, saltando las talanqueras. Se continúa durante el desarrollo novilleril, posteriormente se completa con los años de alternativa y el número de festejos lidiados. Como es lógico, cuanto mayor sea el número de toros lidiados, más oficio se tendrá.

Además de todo esto, es fundamental ejercitar el toreo en el campo, incluso de salón, y sobre todo cuidarse, es decir, estar sobrado de condiciones físicas para enfrentarse a un toro. El toreo no requiere ni mucha juerga ni mucha edad tampoco. Sí exige mucha paz de campo, un ambiente sin sobresaltos, descanso, alimentación adecuada y ejercicio o entrenamiento. Esto es lo lógico pero..., lo que haga cada cual es de cada cual. Cuántas veces hemos oído las frases «estar centrado en el toro» o «vivir por y para el toro».

Si bien es cierto que la mayoría de los diestros actuales se cuidan mucho, en otras épocas muchos toreros no estaban en perfectas condiciones físicas. Bien por las huellas del hambre en su infancia, o por los agotadores viajes en tren o coche de un lugar a otro, o porque la vida que conocieron después de ser famosos les arrastró a callejones oscuros.

Hemos hablado de técnica, pero el «toreo de duende» ¿quién lo tiene?, ¿cómo se aprende?

El duende, el embrujo, el pellizco, el toreo de arte, etc. —llamémoslo como queramos—, es una gracia que se tiene o no se tiene. No se puede adquirir, como el conocimiento de los toros o la técnica. Es una forma personal y especial de interpretar el toreo.

Es hacer toda la faena como algo natural, sin esfuerzo ni afectación, sin doblarse como una rama, aplicando la técnica sin demostrarlo, y, por lo tanto, consiguiendo el dominio del toro de manera natural, pareciendo que no tiene importancia lo que se hace, haciéndolo con lentitud y majestuosidad.

Las distintas formas de interpretar el toreo por parte de las figuras han dado origen a las denominadas «rivalidades», ya existentes desde el nacimiento del toreo moderno a mediados de siglo XVIII. En este sentido, recordemos la existente entre Pedro Romero fundador de la denominada «Escuela Rondeña», con su toreo sobrio, de quietud de pies, subordinando todas las suertes durante la lidia a la